

que educó á sus hijos en la religion cristiana, y fué odioso á los ojos de los gentiles porque habia entregado á las llamas los libros sibilinos (10), aquel

(10) Mueve á reirse de lástima ver el horror que acredita Rutilio Numanciano hácia aquel enorme desafuero, que supera, en su sentir, al del incendiario Neron.
Omnia tartarei cessent tormenta Neronis.

oráculo del Capitolio, y porque su esposa habia quitado un collar á Vesta, la diosa que era la salvaguardia de Roma.

*Consumat stygias tristior umbra faces.
Hic immortalem, mortalem percussit ille;
Hic mundi matrem perdidit, ille suam.*
Itinerario, II.

CAPÍTULO XIII

ALARICO Y LOS ITALIANOS.

Una vez roto el dique se desbordó el torrente; y si aun quedaban algunos obstáculos, parece como si Honorio se hubiera complacido en destruirlos, licenciando á los más valientes de sus defensores, solo por la razon de que eran idólatras ó arrianos, y sustituyéndoles con oficiales tan menospreciados por el enemigo como odiosos á los soldados. Los auxiliares que echaban de menos á Estilicon, no eran contenidos en su deseo de venganza más que por el temor de comprometer su familia y sus riquezas, cuyo depósito habian confiado á las plazas fuertes de Italia. A pesar de todo, Honorio mandó que aquellos preciosos rehenes fueran degollados en un mismo dia, y que los bienes de las víctimas fueran confiscados. Entonces treinta mil auxiliares, cuya cólera y cuya desesperacion no reconocian ya freno alguno, se pasaron á las filas de Alarico, y el júbilo de éste fué imponderable cuando se apercibió de que la corte imperial procedia por este medio en obsequio de sus intereses. Envalentonado con la caída de Estilicon, á quien respetaba y temia; irritado á consecuencia de algun atraso en su sueldo, impelido por las instigaciones de aquellos que acababan de perder lo más querido que poseian en el mundo, demandó el bárbaro satisfacción al imperio, bajo amenaza de guerra. Se le espidieron embajadores para aplacarle, y cedió al cabo; pero interpretando los romanos la moderacion por miedo, no se ocuparon de aceptar sus condiciones, ni de reunir fuerzas. Ya Alarico no quiso oír hablar siquiera de fé ni de amistad, y se puso en marcha. Desde la cumbre de los Alpes Julios muestra (490) á los ojos de sus guerreros las delicias del clima italiano, sus opulentas ciudades, sus fértiles vergeles: les recuerda los despojos del mundo acumulados dentro de Roma por trescientos triunfos, y persiste en la facilidad de apoderarse de ella. Muy pronto caen en su poder Aquilea,

Altino, Concordia, Cremona: nuevos aliados se agrupan cotidianamente entorno de su bandera, que ondea orgullosa á la vista de Rávena, infundiéndole espanto. Costea el Adriático, y tomando posteriormente la via Flaminia marcha de ciudad en ciudad, sin que descargue un solo golpe hasta levantar sus tiendas bajo los muros de la antigua soberana del mundo. Un ermitaño pretende aplacar su furia, y Alarico le responde: *No puedo detenerme, Dios me empuja hácia adelante.* De igual manera mil años después enviaba Mahomet II á despertar á su visir en el curso de la noche, y le decia: *Te pido Constantinopla: me sería imposible conciliar el sueño sobre esta almohada; Dios quiere entregarme los romanos.*

Condicion del imperio.—Ya estaba muy lejos el tiempo en que el pueblo romano se alzaba como un solo hombre contra Aníbal ó contra Pirro, en que todos, desde el plebeyo más humilde hasta el dictador y los personajes consulares corrían en pos de la muerte ó la victoria. Habia perdido el imperio sus mejores provincias: quedaron las otras tan despobladas, que los emperadores tuvieron que trasladar allí enjambres de bárbaros. Ya Nerva concedia tierras en vez de subvenciones antes convenidas (1). Marco Aurelio estableció en el territorio sometido á Roma un gran número de marcomanos (2). Pertinax daba tierras á todo aquel que queria dedicarse á su cultivo (3). Constantino autorizó á sus veteranos para que le pidieran en recompensa las que se hallaban vacantes en el punto que mejor les conviniera: Valentiniano I les permitió desmontar en todas partes las que estaban

(1) DION, XLVIII, en el año 97.
(2) En 167. CAPITOLINO, c. 22.
(3) En 193. HERODIANO, cap. 2.

incultas (4); de veinte y cinco mil porciones de terreno sometidas á tributo en el país de los eduos, hubo de existir siete mil Constantino: Honorio cinco mil setecientas de las catorce mil setecientas tres centurias de tierra del Africa proconsular, y siete mil seiscientas quince de las quince mil setenta y cinco del Africa bizacena, en razón de haber sido abandonadas (5).

Italia.—Con especialidad se hallaba despoblada Italia desde el tiempo de los primeros emperadores, por las causas que en otro lugar hemos anunciado (6) y máxime por las colonias militares. A fin de no degenerar de su clase, aplicándose al comercio y á la industria, convertían los ricos en tierras sus capitales. Saliendo de esta suerte de manos de los pequeños propietarios, se aglomeraron en inmensos dominios, particularmente á contar desde el momento en que decretara Trajano que, para aspirar á los honores, se necesitaba que el pretendiente tuviera por lo menos las tres cuartas partes de su patrimonio en Italia. En su consecuencia, acabó de desaparecer definitivamente la clase más numerosa y más vital, de los pequeños propietarios, y la población agrícola fué sustituida por una cantidad menor de esclavos. Pero también esta clase desventurada disminuía de una manera considerable, ora porque los emperadores no trasladasen á todos los prisioneros á Italia, desde que había dejado de ser considerada como cabeza del Estado, ora porque en vez de hombres de robustos brazos idóneos para manejar el arado ó el azadon, se buscaban con interés esclavos afeminados que siguieran por centenares á través de las calles á sus amos y á las mujeres de estos (7).

Opulentas en otro tiempo las llanuras de Italia, de fecunda y lozana hermosura, se habían transformado en vergeles é inútiles parques, á causa de que los propietarios contaban con los trigos de Africa y de Egipto; por eso siempre que se hallaba interceptado el paso por las escuadras enemigas, ó por los tiranos del país, ó por los temporales, era Italia víctima del hambre. Cuando posteriormente fué dividido el imperio, no solo cesó de percibir esta región los tributos del mundo, sino que ella misma quedó sujeta á los impuestos; vino á ser entonces semejante á aquel que, acostumbrado á la prodigalidad en la mansión de los magnates, se encuentra de repente sin apoyo, pobre, inerte y mal acostumbrado.

Hallábanse agotadas las fuentes de la vida por placeres excesivos ó infames; un cálculo voluptuoso alejaba á los ricos del matrimonio; la necesidad apartaba de ese estado á los pobres; así Constantino otorgó grandes privilegios á todo el que con-

(4) *Cod. Teod.*, VII, 2, l. 3, 11.

(5) *Cod. Teod.*, XII, 28, l. 13.—EUMENES, *Gratiar. actio.*

(6) Véase el libro V, cap. XXI.

(7) AMIANO MARCELINO, lib. XIV.

tara siquiera un hijo (8). Durante cierto tiempo, más distante de la corrupción la Galia Cisalpina, había conservado algún vigor (9); pero cuando se hubieron establecido en Milán y Rávena otras cortes, las magnificencias del lujo engendraron la inmoralidad entre los habitantes de aquel territorio; hija fué allí la ociosidad de las liberalidades, y la intriga de los empleos. Acudió á aquel punto el pueblo atraído por el poderoso aliciente de una existencia amenizada con donativos; desamparó los trabajos de los campos, y miró con hastio la honradez de la familia y la ruda sencillez de la aldea.

Muchas veces ejerció la peste en la península sus estragos; la que desoló á Roma en tiempo de Tito, hizo sucumbir á diez mil personas en un solo día. Después fué traída de Oriente por el ejército de Lucio Vero; luego se sintió nuevamente en tiempo de Cómodo, y también muy á menudo en el siglo siguiente.

Tres guerras civiles habían traído consigo una grande efusión de sangre en la Italia septentrional en la época de los treinta tiranos; otras tres habían estallado en tiempo de Majencio, tres bajo el reinado de los hijos de Constantino, dos á la muerte de Graciano y de Valentiniano II; y por último los bárbaros no respetaban ya de ningún modo la barrera de los Alpes, y arrebatando esclavos y rebaños, dejaban detras de sí un inculto desierto.

Diversos emperadores habían aspirado á comunicar nueva vida á Italia, ora con auxilio de las colonias militares, ora trasladando habitantes á su territorio. Aureliano distribuyó prisioneros en el país comprendido entre los Alpes Marítimos y la Etruria á fin de que plantaran allí viñas, cuyo producto debía servir para las liberalidades que se hicieran en lo sucesivo á la muchedumbre romana (10). El viejo Valentiniano dirigió hácia el Po los alemanes cogidos á orillas del Rhin (11); támbien los ostrogodos fueron enviados á las cercanías de Parma, de Reggio, de Módena, por Graciano (12). Pero aun estos recursos, que no podían reparar el daño, cesaron desde que Italia no fué la única poseedora de los cautivos germanos ó persas, y cuando, habiendo sido completamente suprimidas las exenciones de los impuestos, no fueron ya impulsados por el interés los veteranos forasteros á establecer sus colonias al sud de los Alpes.

San Ambrosio escribía en aquella ocasión á Faustino: «Al partir de Bolonia dejabas en pos de tu huella á Claterna, á la misma Bolonia, á Módena, á Reggio: tenias á la derecha á Brescelo, delante de tus ojos á Plasencia, cuyo nombre recuerda en la actualidad únicamente su celebridad antigua: á tu izquierda escitaban tu compasión los

(8) HEINECCIO, *ad legem Papian-Poppam.*

(9) PLINIO, *Hist. Nat.*

(10) VOPISCO, 48.

(11) AMIANO MARCELINO, XVIII, 5.

(12) *Idem*, XXXI, 9.

incultos Apeninos, y al contemplar las aldeas llenas en otro tiempo de un pueblo tan floreciente, se comprimía tu corazón viendo los restos de tantas ciudades medio arruinadas y cubriendo la muerte tantas campiñas por siempre destruidas.» (13).

No se hallaba en condición más próspera el mediodía de Italia, á juzgar por el texto de una ley de Honorio (395), que descargó del impuesto quinientas veinte y ocho mil cuarenta y dos yugadas de tierras baldías en la comarca á que su fertilidad ha valido el nombre de Tierra de Labor (14).

Bandas de bandidos andaban errantes con osadía por aquellos vastos desiertos. Ya en los tiempos antiguos habían infestado los caminos; multiplicáronse durante las guerras civiles, y esta calamidad fué empeorándose en lo sucesivo. A principio del tercer siglo un jefe llamado Bulla desolaba la Italia Inferior á la cabeza de seiscientos bandidos; y Séptimo Severo no empleó menos de dos años en exterminarle (15). Hizó posteriormente el mal tantos y tan rápidos progresos, que Valentiniano I adoptó la resolución de desarmar así á la Italia como á las provincias; nadie podía gastar armas sin espreso permiso, nadie, á escepcion de los señores, estaba autorizado para montar á caballo en el Piceno, en la Flaminia, la Apulia, la Calabria, los Brucios, la Lucania, el Sannio y más tarde ni aun en las cercanías de Roma (16); precaución extrema que atestigua lo grave del mal, y que arrebató á la población tranquila todo medio de defenderse contra los que osaban hacer frente á la ley. Como las bandas que desolaban el país se componían principalmente de pastores, Honorio decretó que los que encargasen sus hijos á pastores, serían considerados como mantenedores de inteligencias con los bandidos (17).

Muchos individuos se veían impulsados á agregarse á ellos en los caminos y en la espesura de los bosques á consecuencia de la ávida tiranía de los agentes del fisco. Efectivamente el mismo Valentiniano III proclamó por una ley que la vigilancia más activa y escrupulosa no era suficiente á oponer obstáculo á la rapacidad de sus dependientes, y que algunos de ellos, bajo pretexto de deudas atrasadas, exigían al país rescates, y molestaban á

los habitantes con extorsiones, encarcelamientos y suplicios (18).

Roma.—En su consecuencia muchas personas procuraban sustraerse de la desgracia de poseer bienes raíces, y se refugiaban dentro de Roma. Aun se juntaban allí el exceso del lujo, de la corrupción y de la miseria. No sabían los patricios más que envanecerse de una larga serie de abuelos, á cuyas austeras virtudes no podían oponer otra cosa que un fausto siempre en aumento, á medida que iba en disminución su importancia política. El nombre de Senado no indica ya el primer cuerpo de la capital de un imperio; opulentos senadores ocupan palacios que se podrían calificar de barrios enteros y hasta de ciudades y que encierran en su recinto templos, plazas, hipódromos y bosques (19). Del mismo modo cabía denominar á sus dominios provincias, puesto que algunos de ellos sacaban el producto anual de cuatro mil libras de oro, y otros una tercera parte del valor en especie, es decir una renta de cuatro millones y medio. Apenas se hubiera juzgado digna de pertenecer á esta clase el que solamente hubiera poseído mil ó mil quinientas libras de oro para sustentar los empleos y el fastuoso brillo (20). Paula, aquella piadosa amiga de San Grónimo, contaba la ciudad de Nicópolis entre el número de sus propiedades, y los hijos de Alipio, de Simaco, de Máximo, gastaron en las solemnidades forzosas del año de su pretura, los unos mil doscientos, otros, dos mil y los demás cuatro mil libras de oro en seis ó siete días.

Estas enormes riquezas eran disipadas en frivolidades, en llenar las casas de vagilla de plata, en multiplicar sus propias imágenes en bronce ó mármol revestido con hoja de oro, en recargar con ornamentos los carros así como las vestiduras de púrpura y de seda, que, abriéndose de intento, dejaban ver suntuosas túnicas sobre las cuales estaban bordadas figuras de animales. Cada senador se hacía preceder por cocineros ahumados y seguir por una cincuentena de esclavos y bufones, después parásitos, eunucos de todas edades, lívidos y pálidos. Aquellos Anicios, Petronios y Olibrios, cuyo patriotismo se reduce únicamente á hacer vano alarde de su árbol genealógico, lejos de lanzarse á la carrera de las armas, ni aun siquiera toleran que se aliste en el ejército á sus criados; y cuando Honorio quiere completar su hueste con esclavos, abruman con sus quejas á la curia, alegando que prefieren pagar una cantidad en oro (21): de tal modo atendían con más empeño que á la salvación comun á verse rodeados de una espléndida comitiva.

(18) *Novella Valent. tit. 7.*

(19) *Quid loquar inclusas inter laquearia sylvas*

Vernula que vario carmine ludit avis?

RUTILIO NUMA., *linér. III.*

(20) Esto es lo que nos demuestra un curiosísimo fragmento de Olimpiodoro, conservado por Focio.

(21) SIMACO, lib. VII, 65.

(13) *De bononiensi veniens urbe, a tergo Claternam, ipsam Bononiam, Mutinam, Rhegium derelinquebas; in dextera erat Brixillum; a fronte occurrebat Placentia, veterem nobilitatem ipso adhuc nomine sonans; ad lavam Apenini inculta miseratus, et florentissimorum quondam populorum castella considerabas, atque affectu relegebas dolenti. Tot igitur semirutarum urbium cadavera, terrarumque sub eodem conspectu exposita funera... in perpetuum prostrata ac diruta. Ad Faustinum, Ep. 39.*

(14) *Cod. Teod.*, XI, 28, l. 2.

(15) DION, LXXV.

(16) *Cod. Teod.*, XV, 17, l. 1, IX, 30, l. 1, 3, 5.

(17) *Idem* XI, 31.

¿En qué empleaban pues su vida? En sustraerse á todo cargo público, á toda ocupación doméstica; en pasar todo el día en los baños, y en deshacerse en chismes y murmuraciones en medio de ociosos; en salir á veces con inmenso boato para ver á sus esclavos cazar fieras, ó para embarcarse en el lago Lucrino é ir bogando á sus casas de recreo con una multitud de esclavos, eunucos, servidores. Si va alguno á visitarles, encuentra al umbral las aras de la diosa Tutela, cuyo nombre da buen auspicio al entrar (22), y no es anunciado por el camarero hasta que el amo se ha lavado desde los piés hasta la cabeza. Si un esclavo tarda en llevarle el agua tibia para las abluciones, se le administran trescientos azotes. El soberbio patrono solo da á besar su rodilla ó su mano á los clientes que van todavía á rendirle homenaje ó recibir espórtulas y promesas. Pero no cuenten con ganarse su privanza si no son hábiles en las artes de la lisonja, en tocar instrumentos, y en el canto; si no saben aventurar toda una herencia á una suerte de dados, sacar auspicios y practicar el arte adivinatorio (23). Y en tanto están olvidados los libros, escepto algunos recreativos; cerradas las librerías como sepulcros; en cambio se buscan órganos hidráulicos, liras enormes como carros, flautas y otros instrumentos descomunales que solo resuenan con los cantos en los palacios.

Todo el que se acerca á aquella ciudad, próxima á perder el cetro de la fuerza para empuñar el de la fe, ve por todas partes la magnificencia, la cobardía, la muerte; campiñas abandonadas y voluptuosos parques; soledad y rebaños de esclavos; después suntuosas quintas, caminos eternos guardados de monumentos y que desde el Clyde y el Eufrates van á desembocar en el Foro, el cual brinda más asunto á la historia que reinos enteros.

Media entonces el recinto de Roma trece millas (24); entrábase en la ciudad por treinta y siete puertas, á las que correspondían otros tantos arrabales, que prolongaban la ciudad hasta la orilla del mar, hasta los montes de los sabinos, y atravesaban el Lacio y la Etruria. Siete puentes echados sobre el Tíber, veinte y siete calles principales, ocho campos de ejercicios, diez y siete plazas, ade-

(22) *Ipsa Roma orbis domina, in singulis insulis domibusque, Tutela simulacrum cereis venerans ac lucernis, quam ad tuitionem ædium isto appellant nomine, ut tam intrantes quam exeuntes domus suas inolití semper commoveantur erroris.* S. GERÓNIMO, *Comm. in Isai*, p. 418.

(23) AMIANO, XIV, 6; XXVIII, 2. *Plena sunt conventicula nostra hominibus qui tempora rerum agendarum á mathematicis accipiunt. Jam vero, ne aliquid inchoetur aut ædificiorum aut hujusmodi quorumlibet operum diebus, quos ægyptiacos vocant, sæpe etiam nos movere non dubitant.* S. AGUSTÍN, *Expos. epist. ad Galatas*, c. 4.

(24) Poseemos dos descripciones hechas en tiempo de Valentiniano y Valente, ap. GREVIO, *Thesaurus antiquitatum rom.*, III, y otra hecha á mediados del siglo V, al fin de la *Notitia dignitatum utriusque imperii*.

más de numerosas callejuelas, facilitan las comunicaciones interiores. Diez y nueve acueductos, algunos de los cuales tenían la suficiente anchura para que se pudiera galopar á caballo por encima y recorrer interiormente en una barca, llevaban desde la distancia de treinta ó cuarenta millas una agua abundante á mil trescientas cincuenta y dos fuentes: había quince más suntuosas que las demás y construidas con sumo arte, sin mencionar las cisternas particulares y los manantiales.

Dos capitolios, cuatrocientos veinte y cuatro templos, catorce bosques sagrados, tres curias para el Senado, diez y siete basílicas para los negocios públicos y para fallar acerca de las causas privadas, veinte y nueve bibliotecas, ocho circos, dos anfiteatros, seis palenques para los gladiadores, cinco para las naumaquias, diez y seis termas públicas, ochocientos cincuenta y seis baños no gratuitos, dan testimonio de la grandeza de la ciudad reina del mundo. No olvidemos que el teatro de Marcelo y el de Balbo podían dar cada uno de ellos cabida á treinta mil espectadores, el de Pompeyo á cuarenta mil, y á cuatrocientos mil el Circo Máximo, ni que las termas de Diocleciano ponían tres mil y dos baños de mármol á disposición de los ciudadanos.

Las cuarenta y seis mil seiscientos y dos casas particulares y los mil setecientos ochenta palacios, de tanta elevación, que los emperadores tuvieron que prohibir que escudiera de setenta piés su altura, estaban divididos en cuatrocientos ochenta y cuatro barrios. Doscientos cincuenta y cuatro molinos y hornos, doscientos sesenta y ocho almacenes, preparaban ó conservaban los víveres necesarios para el abasto público: cuatrocientas cloacas de construcción muy sólida, mantenían el aseo de las calles: estaban bajo la inspección de personajes de la más alta categoría, y para limpiarlas se gastaban de una vez hasta la cantidad de mil talentos. Calcúlese por todo esto que no sería el Capitolio.

Una muchedumbre, que los más moderados hacen ascender á tres millones, y que acudía allí desde todos los países del mundo, había sido hacinada dentro de aquella ciudad inmensa, pero á la sazón se hallaba quizá reducida á dos terceras partes, á consecuencia de las calamidades recientes, desde que Roma tenía por rivales, aun no contando Constantinopla, á Cartago, á Tréveris, á la hermosa Milan y á la pantanosa Rávena.

Pero aquellos palacios del Foro y de la vía Sacra, aquellas basílicas, aquellos templos, de los cuales bastaría uno solo para hacer la gloria de una provincia, tenían por contraste los tugurios de la fangosa Suburra, los del barrio de las Carenas, y las frágiles habitaciones colgadas sobre el Tíber, que arrastraba en su corriente centenares de ellas á cada avenida. Allí es donde habitaban poblaciones enteras y diferentes de capadocios, escitas, judíos, y una confusa mezcla de todas las razas y creencias, sin profesión, patria ni nombre.

Pero al presente no tiene ya que ganar la plebe

cosa alguna en vender su voto ó en prestar falsos testimonios: Clodio y Catilina no la asalarian ya para que se agite en tumulto; ya no compran sus favores extranjeros monarcas, ni le dejan por herencia reinos enteros: no trae ya consigo el año nuevo las liberalidades de los triunfadores, ni tampoco se cuidan á la sazón los emperadores de su afecto, ni de sus aplausos. Al trasladarse á Constantinopla ó á Milan la corte y las numerosas familias senatoriales que la han seguido, han dejado sin pan á una muchedumbre hambrienta y acostumbrada á no vivir más que á su costa. Queda, pues, poseída de desaliento á semejanza del mendigo, que ha consumido en la ociosidad la flor de sus años. Teodosio y Graciano se ven obligados á reprimir la ociosa mendicidad que intercepta el paso de las calles, y de la antigua soberbia no quedan más que los vicios fomentados considerablemente por una multitud de personas de todos los países. En tiempo de Teodosio se habían establecido lupanares á la inmediación de ciertos molinos y los hombres que entraban en ellos caían en trampas, forzándoles luego á dar vueltas á la rueda sin que fuera se volviese jamás á oír hablar de ellos (25). Esto acontecía en medio de Roma; y el crimen hubiera permanecido oculto, si un soldado no hubiera tenido la fortuna de escaparse.

Sin embargo, el pueblo, antiguo soberano del mundo, no había perdido el derecho de ser alimentado gratuitamente, y todos los días se distribuía á los ciudadanos pan á un ínfimo precio, en hornos destinados para este efecto en cada barrio. Añadíase á esto tocino para cinco meses, procedente de los cerdos de la Lucania; distribución que, en tiempo de Valentiniano III, ascendía á tres millones seiscientos veinte y ocho mil libras; también se distribuían tres millones de libras de aceite suministrado por el Africa, para el alumbrado y para los baños: por último se daba vino á muy bajo precio, producido por las viñas de la Campania. Causaba pues terror cualquier sublevación del Africa ó de la Sicilia, de donde era preciso traer el grano; y cuando el Egipto tuvo que suministrar provisiones á Constantinopla, los graneros de Roma hubieron de llenarse con cereales del Ródano, del Arari y de la Iberia (26). Sin embargo, enormes sumas salían de Italia para proveer á tanta magnificencia en el vestir y en el comer, y para mármoles y maderas para las fábricas, y fieras para los espectáculos; y también para tomar á sueldo á los bárbaros ó pagarles un indecoroso tributo.

Aquel populacho, á cuya subsistencia se provee no por miramientos, sino para que no se lance á desórdenes peligrosos, sin abrigo, sin lecho en que inclinarse, con los piés desnudos y cubierto de harapos, asiste á los circos y á los teatros, se baña en termas dignas de reyes, bebe y juega. Al reci-

bir la infausta noticia de una derrota prorrumpe en desgarradores gemidos, de que ya no conserva memoria al día siguiente: tan luego como se anuncia una victoria, esclama con alborozo: ¡Viva Augusto! ¡Tendremos pan y juegos!

Porque el pan y los juegos constituyen toda su existencia. En el curso del día acude anhelante á espectáculos, de los cuales no ha podido el cristianismo desterrar la sangre: sobrelleva intrépidamente el sol y la lluvia; ni aun la noche le arroja de aquel punto, y abraza partido por los diferentes colores de los concurrentes con aquel furor que en otros tiempos le hacia declararse en favor de Graco ó de Opimio, de Ciceron ó de Clodio. Tres mil bailarinas y otros tantos músicos hacen la delicia de Roma, y solo ellos fueron objeto de una excepción terminante, cuando una gran carestía hizo que fueran desterrados todos los extranjeros, incluso los profesores de las diferentes artes liberales (27).

Si aun brillaba algun destello de vida en medio de aquella turba viciosa, pusilánime, arrogante, era en la enemistad que dividía á los cristianos y á los gentiles. En vez de ponerse unos y otros de acuerdo para la salvación de la comun patria, atribuían los primeros todas las vicisitudes del imperio á la indulgencia de los césares respecto de los residuos de la idolatría, á la par que los otros hacían votos por el triunfo de los bárbaros con la esperanza de que reconstruirían los derrribados altares.

Asedio de Roma.—Se adelantó Alarico contra aquella ciudad que no había visto ejércitos extranjeros hacia seiscientos veinte y cuatro años, cuando Anibal enarbó las insignias de Cartago delante de la puerta Colina é interceptó toda especie de comunicaciones tanto con la campiña como por el Tíber. Los romanos que nunca habían podido imaginar que un bárbaro llegara á poner asedio á la ciudad reina del mundo, cual lo había hecho en su origen Porsena, se entregaron entonces á la desesperación como acaece de ordinario. Como el vulgo pretende siempre hallar en circunstancias desastrosas una causa á sus males, acusó á Estilicon de haber llamado á Alarico, y á Serena, su viuda, de estar con él en inteligencia para vengar á su marido; fué de consiguiente reducida á prisión, y el Senado la condenó á muerte. Cruel y acordes los romanos para el delito se mostraron divididos y pusilánimes en la defensa.

Iba aumentándose el hambre de día en día: distaban mucho de poder subvenir á tan inmensas calamidades la caridad de los fieles, y la de Leta, viuda del emperador Graciano, agotados ya los alimentos más repugnantes, se vió reducida la muchedumbre á la tristísima situación de servirse de

(27) San Gerónimo recuerda á Filiston, Léntulo, Marullo y otros autores de comedias biológicas ó etológicas (*adv. Ruf.* lib. II), dramas en que se presentaban las costumbres de la vida doméstica y por lo que sería precioso conocerlas.

(25) SÓCRATES, lib. V, 8.

(26) CLAUDIANO, in *Eulop.*, I, 401.